

NOTAS PRELIMINARES DE UN VIAJE ARQUEOLOGICO A QUILLAGUA

POR EL

PROF. RICARDO E. LATCHAM

Director del Museo Nacional

En Noviembre del año pasado (1932), el autor de estas notas, Director del Museo Nacional de Historia Natural, de Santiago de Chile, tuvo ocasión de efectuar algunas excavaciones arqueológicas en las inmediaciones del pueblecito de Quillagua, situado en el extremo norte de la provincia de Antofagasta.

El valle de Quillagua, distante unos 70 u 80 kilómetros en línea recta de la costa, se halla en las márgenes del río Loa y forma un oasis en el desierto que se extiende en todos sus contornos. Es de poca extensión. Tendrá unos cuatro kilómetros de norte a sur, por un promedio de medio kilómetro de ancho. Los terrenos son muy fértiles donde los alcanza el riego, aunque no se produce más que el maíz y la alfalfa a causa de que las aguas salobres del río no permiten otro cultivo.

Un análisis de las aguas del Loa en Quillagua ha dejado constancia de que, en tiempos normales, cuando no hay crece del río, contienen $7\frac{1}{2}\%$ de cloruro de sodio. Esto se debe a la unión del Loa, a la altura de Chiu Chiu, con el Salado, que recibe el drenaje del Salar de Atacama.

El valle de Quillagua está bastante poblado de algarrobos, chañares y uno que otro tamarugo. La alfalfa que se cultiva

en el valle es de la más hermosa y vigorosa del país y es completamente limpia de malezas, si exceptuamos la acelga que crece espontáneamente en las tierras recién sembradas de alfalfa, aunque después del segundo año, desaparece.

Las únicas aves que se encuentran actualmente en el valle son: el peuco, el tucúquere, el chuncho, el cernícalo, el pidén, la tagua, la loica que llega a ser una verdadera peste, el chincol, el chercán y ocasionalmente algunos patos. Animales no hay sino una especie de ratón del campo. Insectos, con la excepción de las moscas, los mosquitos y los zancudos, son escasos, aunque dicen que en ciertas épocas del año abundan las vinchucas. En el río se hallan libélulas. Lagartos hay dos o tres especies, una de las cuáles, llamada samandrija, es casi cristalina y transparente. El río abunda en pejerreyes y camarones grandes.

En la Pampa de Tamarugal, a unos pocos kilómetros de Quillagua, se encuentran bosques de Algarrobos de grandes extensiones, sepultados bajo las arenas del desierto. Estos son llamados *minas de leña* y son explotados por los vecinos del lugar para la lumbre de sus hogares y para hacer carbón de magnífica calidad, que se vende en las salitreras y en los puertos de Antofagasta, Tocopilla e Iquique, donde está muy apreciado por sus altas calorías. Trajimos dos trozos de esta leña para el museo.

El pueblecito actual tiene una población que no alcanza a 300 y la mitad de ella vive dispersa por las hijuelas. El agua potable la traen por ferrocarril y en la actualidad la Empresa la vende a 50 centavos por cada 18 litros. Como la gente es muy pobre han inventado un medio rústico de destilar el agua del río. Se coloca al lado del canal de riego, un tambor de fierro de los usados para importar la bencina, puesto sobre un hornillo. Este tambor está comunicado con una larga cañería que va por el fondo del canal y sirve de refrigerador. El extremo del cañón tuerce a ángulo recto y perfora el embancamiento del canal. Se halla sobre otro tambor, barril, tina u otro receptáculo, que sirve de recipiente del agua destilada. Se llena el primer tambor de agua salobre, se enciende el fuego en la hornilla y el vapor, al pasar por la cañería sumergida en el agua del canal, se condensa y fluye al recipiente. Con uno de estos primitivos alambiques se alcanza a destilar unos 20 litros de agua por hora.

Otro aparato primitivo, pero eficaz, es la trampa que usan para cazar camarones, y que hay establecidas en varias partes del río. Para armar la trampa, hacen una represa en el río, con estacas y ramas de Algarrobo y céspedes, dejando una abertura por un lado, donde ponen la trampa, formada de un

cono truncado de ramas entretrejidas (hoy lo hacen de alambre), en el cual quedan aprisionados los camarones arrastrados por la corriente.

Los habitantes, aún cuando se consideran chilenos, son de puro tipo de indio atacameño; bajos, gruesos, con facciones toscas pero no desagradables y color bastante oscuro. La cara es ancha, los pómulos pronunciados, la boca grande con recia dentadura, labios más bien delgados, ojos oscuros, nariz abultada pero no muy saliente. Entre las mujeres habrían varias bolivianas, pero no es fácil distinguirlas de las lugareñas.

Todavía conservan algunas palabras atacameñas que no figuran en los vocabularios publicados, y otras derivadas de la quechua y del aimará. Entre las que alcanzamos a anotar figuran las siguientes:

sorona	brea (bot.)	ttchoja	lechuza.
sinapaya	daudá	huatacondo	chincol.
pilaya	cachiyuyo	tchati	loica.
sunchu	chilquill	ttochi o	burrito o llama.
		cayuncho	nueva.
kasnar	aporcar	caynar	Ir toda la familia a trabajar en la chacra.
tticklar	sembrar con azadón.		
mucha	beso	paucar	muñeco de maíz.
paca (aimará)	peuco	pichirri	chercán.
yagareta	pidén	chulo	gorro tejido.
tchac aisi	taco de algarroba	pululo	maíz reventado.
chuspa (aim.)	bolsón	pito	harina de maíz.
cuco	tucúquere	chimango	pan de trigo con maíz.
tchokko	resfriado	chirimacha	vinchuca.
sokko	ronco	poroma	maíz sembrado.
cocha (qech)	represa	tchuma	caña de maíz verde mazamorra de
sucho tullido		pire	maíz con grasa.

No pudimos hallar sin embargo, ningún apellido indígena, con la dudosa excepción de Cadima. Todos eran de pura cepa española.

A más o menos un kilómetro del actual pueblo, en dirección al sur, se hallan, encima del barranco del río, las ruinas de un *gentilar* o pueblo indígena. El sitio ocupado por las ruinas

abarca un trecho de 150 metros de largo por unos 50 metros de ancho. Las ruinas consisten de una serie de muros y pircas de piedra y argamasa de greda revuelta con yeso. Con el tiempo la argamasa ha tomado la consistencia de piedra y difícilmente cede ante la barreta. Los muros, en algunas partes intactos no parecen haber tenido una altura mayor de un metro. La mayoría de los longitudinales son de piedra canteada y los transversales de pirca, ambos sentados en argamasa. Las ruinas parecen haber formado una construcción comunal y continúan divididas en un gran número de cuartos contiguos, sin puertas de comunicación, ni salidas al exterior. Los cuartos tienen una dimensión de unos tres metros por dos y los muros un espesor de 40 centímetros y las pircas de 50 cm. No quedan indicios del techumbre, pero a juzgar por la manera como techaban las sepulturas, debe haber sido plano, formado de palos sobre los cuáles se colocaban esteras de sorona o carrizo. La única manera como podrían haberse entrado en los cuartos habrá sido indudablemente por los muros que formarían los senderos y por aberturas dejadas en el techo. De ninguna manera podrían haberse parado en las habitaciones y probablemente sólo servían para dormir. Es de suponer que construirían ramadas donde estar de día y hacer la cocina, guarneciéndose en los cuartos de noche para estar el abrigo de los vientos helados que aún en el verano soplan después de la puesta del sol. En las inmediaciones de estas construcciones, al pie del cerro, se halla el cementerio que consideramos el más antiguo de todos los que examinamos, y en el cual todos los cadáveres estaban desnudos.

En ambos lados del río, existe un número de cementerios indígenas o de infieles, como se dice en la vecindad. Hicimos excavaciones en cuatro de ellos y en otro a unos doce kilómetros al norte, siempre cerca del río, en un lugar llamado Ancachi, donde todavía existen vestigios de un oasis pequeño, ya seco y abandonado. La mayor parte de los cementerios son de considerable extensión y contienen muchos centenares de sepulturas, en su gran mayoría abiertas y devastadas por los buscadores de tesoros o por simples curiosos. Han hecho excavaciones aquí también algunas expediciones científicas extranjeras, que llevaron muchos objetos extraídos de las tumbas. Pero, en general, no han llevado ni los cadáveres ni la mayor parte del ajuar fúnebre, salvo aquéllos objetos que más les llamaban la atención, o la curiosidad. Yacen desparramadas enormes cantidades de huesos humanos, trozos de tejidos y de alfarería rota, y restos de innumerables artefactos rotos o destrozados. Sin embargo, pudimos encontrar numerosas

sepulturas intactas, de las cuales abrimos 70 en los diferentes cementerios visitados.

Como resultado de nuestras excavaciones, trajimos cuarenta cajones para el Museo, que contenían cincuenta momias y más de seiscientos objetos hallados en las sepulturas, lo que representa, en general, el ajuar funerario completo de ese pueblo y nos ayuda a formar una idea bastante aproximada acerca de su vida material.

Las sepulturas se labraban en forma de pozos, de ochenta centímetros a un metro de ancho, por un metro hasta dos de profundidad. Las más hondas tenían, a menudo, en el fondo, un sacado por un costado, que les daba la forma de una bota. En este hueco estaba colocada la momia, siempre de cuclillas, con el mentón entre las rodillas y los brazos alrededor de las canillas. Por lo general, los cadáveres estaban completamente momificados o desecados. Sólo en uno de los cementerios, el de Ancachi, encontramos esqueletos descarnados. Las momias, en su mayor parte, estaban envueltas en tejidos, sujetos en forma de atados, con cordeles, fajas o redes. Es sorprendente la proporción de párvulos que se encontraban en los cementerios, a veces dos y hasta tres en una sepultura.

En todos los cementerios las sepulturas que examinamos estaban techadas, a más o menos 40 centímetros debajo de la superficie, con palos de algarrobo, sobre los cuales se tendían esteras toscas de sorona, cañas o carrizos, con amarras de fibra vegetal o de lana. Sobre estas esteras se echaba una capa de tierra, pero el interior de la tumba, muchas veces no era rellenado y no contenía más que la momia y el ajuar funerario.

Un examen de los artefactos y la comparación de ellos con los de otros lugares más estudiados, nos convenció de que eran del pueblo atacameño y que los diferentes cementerios pertenecían a dos períodos culturales distintos, el más moderno de los cuales tendría a lo menos ocho siglos y debe adscribirse a la época cultural a que Uhle ha dado el nombre de Atacameño Indígena. Los otros tendrían una antigüedad mayor en lo menos cuatro siglos. La cultura más antigua era más sencilla que la otra y faltaban en ella muchos de los objetos característicos de la más moderna. A ella también pertenecían los esqueletos que hallamos y las momias que se conservan no estaban envueltas en tejidos finos sino en una especie de frazada muy burda, como de cordeles, o bien, desnudas.

Entre los objetos llevados al museo, figuran alfarería, pintada y doméstica, objetos de cobre, de piedra, de hueso, de madera, de concha, de cuero, tejidos de lana y de fibra vegetal, plumas, gorros, armas, cordeles, cestería, calabazas, comidas,

pescado, mazorcas y corontas de maíz, quinua, algarroba, collares de piedra, etc., etc.

De los objetos hallados, quizás lo más interesante eran las comidas, en un perfecto estado de conservación. Había una olla llena hasta la mitad de *pululo*, maíz reventado en rosas, tan blanco y al parecer tan fresco, que tentaba comerlo. El maíz se encontraba en mazorcas, desgranado, molido harina y hecho pasta o mazamorra con grasa. La quinua se hallaba en grano y en pasta, la algarroba entera, en harina y también en pasta. Estas comidas se hallaban en platos de greda y de cestería como también en bolsas. Llama mucho la atención el pescado seco, abierto como el bacalao que viene del extranjero y en perfecta condición. Es una especie de furel y se halla tan bien acondicionado que parece que su preparación hubiese sido reciente. También hallamos algunas conchas de mariscos—choros, machas, lapas, ostiones,—etc.

Los tejidos eran de calidades de los más variados. Algunos eran toscos y gruesos, en forma de frazadas, hechos de cordeles de lana de 6 o 7 cm. de grueso, otros más delgados. Las telas en general eran gruesas y firmes, pero algunas eran delgadas y finas. Habían camisas sin mangas o cuello, pero hallamos restos de algunas con cuello alto y mangas cortas, las había lisas y bordadas, de un sólo color o de varios, finas y toscas. Los tejidos que más abundaban eran las bolsas y bolsones, desde 60 cm. en cuadro, hasta las diminutas. Los colores usados eran muy numerosos y brillantes y se disponían generalmente en listas paralelas, aunque algunas telas eran bordadas o figuradas en la pieza. También hallamos algunas fajas de textura apretada y con flecos en ambos extremos. Algunas de las telas tenían bordes de borlón de lana en forma de bolitas colgantes. Entre los objetos tejidos hallamos dos gorros de una tela tan tupida y gruesa que parecían trozos de alfombra moderna; por un lado completamente lisa y uniforme como el dorso de una alfombra; por el otro felpudo y suave como terciopelo y de brillantes colores. Eran tejidos de una sola pieza, con los costados verticales y la copa plana. Uno de ellos tenía una pendiente del mismo material, como cola de gato, que colgaba del centro de la corona. Otros dos gorros tejidos a crochet, tenían la forma de los gorritos modernos usados por las niñas y que se llaman boinas. Ambos eran de lana blanca, uno de un tejido apretado y duro y el otro suelto y blando. También se halló lana cardada e hilada y en madeja.

Además de los objetos tejidos de lana de llama, habían numerosos otros tejidos de fibra vegetal, de sorona o brea, de cortadera, de junquillo, etc., en forma de esteras, bolsas y

redes. Encontramos numerosos capachos y capachitos de diferentes tamaños, formados de estos tejidos, estirados sobre un armazón de palos y algunos de ellos cubiertos de un segundo tejido de lana entretejido en el junquillo. Algunos de los capachos tenían correas o fajas para llevarlos colgados de la frente. Hallamos también, más de veinte cabrestos de llamas hechos de cordeles de lana torcida.

Era sorprendente el número de canastos de diferentes forma y tamaño, todos tejidos de los mismos materiales que acabamos de mencionar. Los había en forma de platos planos de poca profundidad, otras de la misma hechura pero de mayor concavidad, de fondo plano y paredes casi verticales o de corte en forma de arco de círculo. Los había también en forma de campana, de botella, otros con la boca más angosta que la base, etc. Las dimensiones de los platos, que eran los más comunes, fluctuaban entre 12 y 40 centímetros de diámetro. Uno que llamó mucho la atención era de forma rectangular alargado, con tapa y contenía una serie de artículos de diverso uso. Otra pieza muy interesante era un gorro de fibra bordado superficialmente de lana con dibujos en colores de grecas y otras figuras.

Había una serie de objetos de cuero crudo de llama, entre los cuales, uno que nos llamó la atención por ser el único hallado hasta ahora. Se trata de un peto o coraza, hecho del cuero de un cogote de llama, muy grueso y firme y de una sola pieza. Tenía la forma de una pechera, más corto por detrás donde se ajustaba a las espaldas y más largo adelante donde estaba abierto, pero con agujeros para cerrarlo con un correón. Encontramos restos de otros dos. También hallamos trozos de camisas de cuero sobado, delgado y suave, sin pelo algunas y otras con pelo por el lado exterior. Algunos de estos trozos eran adornados de pedazos o figuras de piel con pelo negro, que resaltaban sobre el cuero blanco de las camisas. En las diferentes sepulturas se hallaron más de veinte pares de chalalas u ojotas del mismo cuero, con sus correajes. Una gran proporción de ellas eran de niños, algunas muy chicas.

Interesante es la colección de objetos de madera, casi todos de algarrobo. Incluían herramientas de agricultura, como palas, cuchillones para desterronar y azadas; cajitas de diversas formas para guardar colores, cuyas manchas y restos todavía se veían, tabletas y tubos para aspirar rapé, husos y torteras, trompitos, placas delgadas pintadas con figuras en colores por una cara, de uso desconocido, bastidores en forma de círculo para trabajos de tejido, uno de los cuales tenía la tela bordada puesta, y astas de arpones. Hallamos en una sepultura un *quero* o vaso de madera de unos 20 cm. de altura, de

tipo boliviano. Encontramos tres arcos uno de los cuales era perfecto, con sus dos cuernos y su cuerda de tripas torcidas intactos. Los otros dos no tenían ni cuerda ni cuernos, aunque hallamos un par de éstos aislados. Las flechas eran de las más variadas en forma y tamaño, pero al parecer, casi todas destinadas para cazar aves. Tenían puntas de pedernal, de huesos o de madera. Muchas de las flechas se componían de tres partes que se embutían unas en otras, otras de dos, y raramente la punta se fijaba a la misma asta. Junto con el primer arco se halló una aljaba de cuero con diez flechas pequeñas. Ni arcos ni flechas de guerra se hallaron, lo que parece indicar que el pueblo era bastante pacífico, o bien, por lo apartado del lugar, no tenían enemigos. Encontramos muchos gan-chitos de palo de los usados para sujetar los aparejos de las llamas, algunos con trocitos de cordel con que se sujetaban. Entre otros objetos de interés aparecieron numerosas agujas hechas de espinas de quisco, cuidadosamente perforadas en su base y redondeadas. Algunas de ellas todavía conservan los hilos de lana que servían para la costura.

Objetos de piedra eran relativamente escasos. Encontramos algunas puntas de flecha, tres o cuatro raspadores, un punzón, una piedra de afilar y varias pesas para lienzas de pescar, y nada más en forma de útiles o herramientas. No obstante, encontramos tres collares completos de forma poco usual, de malaquita o silicato de cobre y una serie de objetos cuyo uso no lo adivinamos. Eran éstos, piedras de yeso blanco, de forma y tamaño completamente irregulares y sin labrar, perforadas en cada extremo con un portillo pequeño y ligadas unas con otras con hilitos de lana tan delgados que apenas soportaban el peso de las piedras. A veces habían ocho o diez de estas piedras formando hilera, separadas unos diez o doce centímetros unas de otras. Algunas de las piedras pesaban hasta medio kilogramo y otras pesaban sólo unos pocos gramos, mezcladas sin ninguna intención de simetría. No sabemos a qué destino atribuir las y no hemos encontrado en la literatura etnográfica o arqueológica, ninguna descripción de nada parecido, que nos podría guiar.

Artefactos de hueso tampoco eran muy comunes. Los que hallamos incluían punzones, espátulas, puntas para tejer redes, puntas de flecha y cabezas de arpón. Otras cabezas de arpón eran de palo con puntas de piedra.

Hallamos algunos pocos objetos de cobre, especialmente una gran pala de cobre o bronce fundido, dos cabezas de hacha y un anzuelo. Las barbas de dos de los arpones de hueso eran también de cobre.

Quedan además una serie de otros objetos de diversa índole,

cuya lista sería largo enumerar, de algunos de los cuales ignoramos el uso, pero en su conjunto forman una colección bastante interesante.

El estudio de todos estos objetos nos informa suficientemente bien acerca del estado de cultura de este pueblo y lo relaciona bastante con las tribus cuyos restos se han encontrado más al sur, en Calama, Chiu Chiu y San Pedro de Atacama por un lado y con las de Pisagua y Tacna por el otro.

Era un pueblo de agricultores, que también se dedicaban a la caza y a la pesca secundariamente. Tenía tropas de llamas y eran probablemente comerciantes ambulantes entre la costa y el interior, como se colige por los productos de ambas zonas hallados en sus sepulturas. Conocían el riego y sembraban maíz y quinua, manteniéndose además, en parte, de las vainas de los algarrobos del valle, como lo hacen actualmente los habitantes en tiempos de escasez. Conocían el uso de los metales, a lo menos del cobre, aunque los objetos hallados de este material eran escasos y podrían haber sido importados al valle. Eran alfareros y se dedicaban a la cestería en la cual eran expertos obreros. Pero, indudablemente la industria más desarrollada entre ellos era el tejido, como se vé por el enorme número de telas que han dejado. Estas son de las más diversas clases y calidades. Algunas son finas y tejidas en diversos colores, con frecuencia ricamente adornadas. Otras son burdas y lisas, como para el uso diario, otras aún tejidas como frazadas de hilos gruesos y torcidos que a veces semejan cordeles.

Su religión era probablemente animista y deben haber practicado el culto de los antepasados. Creían en una vida futura, como se prueba por el entierro del cadáver con todo lo que podría necesitar en el otro mundo. Su arte se hace presente en los bordados de los tejidos y en las figuras reproducidas en algunas de las bolsas, como también en su alfarería funeraria y en algunas de las tabletas de madera que llevan figuras esculpidas.

No sabemos en qué época precisa se estableció este pueblo en el valle de Quillagua, pero, a juzgar por los cementerios más antiguos que pudimos examinar, no puede haber sido posterior al siglo siete de nuestra era y quizás antes.

Un estudio detallado y comparativo de todo el material que pudimos reunir, nos dará probablemente nuevas luces sobre la cultura de este interesante y antiguo pueblo. Entretanto sirvan de introducción estas notas preliminares.

